

sarios, para que ellos trataran de buscar la salida a este embrollo en que está metida ahora mismo la Organización Sindical, tal vez sería el mayor acierto. Los empresarios y los trabajadores, libres de toda injerencia estatal, independientes, por lo tanto, sin ministro de Relaciones Sindicales, sin delegados provinciales de Sindicatos, sin el recurso del anunciado Congreso Sindical, puede ser, digo, que encontrarán el buen camino para proseguir el trabajo en paz, para incrementar el desarrollo conseguido y para potenciarlo en los años que vienen. Esto —o otra cosa equivalente— es lo que se vislumbra a la luz de los trágicos acontecimientos de Vitoria que pueden repetirse en cualquier otro lugar de España, porque en todo el territorio nacional se observa claramente que los obreros no quieren esos Sindicatos y que los patronos —sin los obreros— no pueden utilizarlos. Esta circunstancia que está ahí, desparramada por España entera, de rechazo de la Organización Sindical, es el mejor caldo de cultivo para que agentes desaprensivos y que saben a dónde van nos muevan a las masas trabajadoras sin posibilidad de hacerles frente con razones, con llamamientos a la serenidad, a la sensatez, al sentimiento íntimo de la libertad entera y verdadera. Porque este frente se hace con hombres honrados —que los hay—, con hombres preparados —que no los hay—, como consecuencia de que no existe libertad y nadie va voluntariamente a la cárcel. Créense cauces abiertos, claros, responsables, libres, y veremos cómo, muy pronto, los extremismos radicalizados e irracionales tendrán contestación en libertad, en razón y en convivencia humana. A nuestro juicio, la carencia de líderes, de esta última clase de líderes, ha tenido el 90 por 100 de la culpa de lo sucedido en Vitoria. El lector podrá preguntar por qué no se abren, de una vez, los caminos hacia esa libertad sindical.

Aparte de estas motivaciones, existen otras varias que, desde nuestra vida doméstica vitoriana, es preciso considerar con mucha atención. Las notas de la Diputación Foral y del Ayuntamiento de Vitoria culpando a la actuación gubernamental la responsabilidad de lo sucedido, han llegado tarde y mal. Es muy fá-

cil decir ahora eso. Pero nuestras Corporaciones Locales debían haber hablado antes. No han querido decir nada, sin embargo, para no equivocarse o, por temor de desagradar a su amo, que no es el pueblo. El pueblo vitoriano estaba muy descontento con la actuación de las Corporaciones indicadas. Desde hace varios años está sufriendo una gran parte de la población deficiencias en el servicio de aguas. No se resuelve este largo calvario por incapacidad o por incompetencia de, sobre todo, el Ayuntamiento. También este descontento ha influido sin duda, en los acontecimientos. En las explosiones de los pueblos, como en el alma, no se pueden establecer compartimientos estancos de las distintas amarguras. Saltan a la vez, y entonces, inexplicablemente para muchos, se producen los grandes crímenes individuales o las grandes catástrofes sociales. Por eso, a nadie extraña en Vitoria que se pida a voz en grito la dimisión de la Diputación Foral y del Ayuntamiento en pleno. Ambas Corporaciones tienen su gran parte de responsabilidad.

Como la tiene quien ha impedido que una información detallada y suficiente de lo que sucedía en Vitoria llegara en su momento a la opinión pública nacional. Los que estábamos en Vitoria comprobábamos esta ausencia de información. Los que vivíamos en Vitoria veíamos que llegaba el momento de la tragedia. La sorpresa ha causado sensación en el resto de España en el que se nos consideraba como hombres razonables, ecuanímenes, incapaces de estos arrebatos colectivos. Y lo somos. Lo que sucede es que, entre unos y otros, se ha dado suelta a una serie de demonios que, entre todos, debíamos haberlos tenido encerrados. Pero la falta de información no encierra nada.

Ahí, en estas líneas precedentes, hay un intento de explicación de lo que aquí ha sucedido. No sé si irán suficientemente razonadas. Yo he intentado que así sea y en ello he puesto mi leal saber y entender. ■

(*) Felipe G. de Albéniz, autor de estas reflexiones, ha sido director de "El pensamiento alavés" en su última etapa, creador y fundador de "Norte Express". Actualmente no ejerce el periodismo. Es una personalidad del carisma de siempre y del nuevo carisma.

La Capilla siXtina

LA TRAGEDIA

I la reforma, o la ruptura o la tragedia. Así de simple me lo puso el otro día un analista político de cuyo nombre no es necesario acordarse. Yo miraba sus tres dedos enhiestos y vela cómo con la otra mano los buscaba para abastirlos. Cayó el primero.

—La reforma ya ha dado de sí todo lo que podía dar. Es decir: nada.

Sólo quedaban erguidos, como conscientes de su responsabilidad, dos dedos, dos posibilidades.

—La ruptura, tal como se están poniendo las cosas, sólo la pueden protagonizar fuerzas políticas democráticas, pero ese papel protagonista sólo pueden asumirlo con el orden garantizado. Enténdeme Sixto: un orden rupturista y democrático.

Cae otro dedo.

—Si la ruptura no es posible ya sólo queda la tragedia.

La palabra entra en mi cerebro con facilidad. Está cargada de connotaciones culturales: la tragedia griega, el sentimiento trágico de la vida, la tragedia de Guatemala. Pero no. En el fondo de mí mismo sé que ahora quiere decir otra cosa, otras cosas, muchas cosas.

—La tragedia —musito.

—La tragedia —musita mi interlocutor mientras cae el último dedo, la mano compone un puño, lo deshace y vuelve a ser mano, nerviosa, buscando un lugar sobre la mesa o en el bolsillo. De ahí sale armada de un cigarrillo. Hay entre los dos un silencio de los que hacen daño, un silencio previo a la angina de pecho.

—No es posible. Además no sería una tragedia todo y siéndola. Sería un genocidio. En tres meses, la oposición democrática se ha tomado una cierta legalidad por su cuenta y no se la hará retroceder a octubre de mil novecientos setenta y cinco sin sangre. En tres meses, la clase obrera ha demostrado más presencia histórica que en treinta y seis años. Su protagonismo ha sido determinante en la crisis de la reforma. ¿Cómo se puede hacer volver a la clase obrera a las posiciones de clase ocultada? ¿En nombre de qué esa tragedia? ¿De la tranquilidad de la oligarquía? ¿De la defensa de "España"? ¿De qué "España"? ¿Es posible armar una tragedia desde posiciones ideológicas tan precarias, tan primitivas? ¿En la España actual? "A priori", es increíble.

—"A posteriori", tal vez no lo sea. Si el "bunker" no existiera, alguien lo inventaría. Hay un "bunker" económico peligrósísimo que sabe sus días contados el día que se normalice, que se democratice la vida económica. Se ha creado durante cuarenta años una nueva casta económica que coexiste con la tradicional y le resuelve de vez en cuando la coartada ideológica.

La tragedia. ¿Qué significa esta palabra? Terror y muerte, pero no en la portada de un libro en el que se historia o se inventa algo que ha sucedido o no.

Terror y muerte aquí. Mañana por la mañana. Yo, tú, él, aquél..., Abel. ■

SIXTO CAMARA